

do una hermosa tarde de Mayo del año de 1316, al estarse paseando, hirió sus oídos el sonido de las campanas.

—Qué función anuncian?—preguntó parándose.

—Señor,—respondió uno de los que lo acompañaban,—mañana es la Ascension.

El rey se puso pálido: los músculos de su rostro se contrajeron.

—Tan pronto!—dijo á media voz:—un año hace ya que murió Marigny!

Y su rostro tan sombrío se oscureció todavía mas. El siguiente día, tratando de distraerse con ejercicios violentos, apenas oyó misa, cuando quiso jugar á la pelota. La partida fué larga y animada: el sudor corría por la cara del monarca, que proseguía en el juego con mas empeño. Al fin lo dejó.

—Basta,—dijo,—traiganme vino fresco.

Se le obedeció. El vino estaba helado: Luis bebió ávidamente cierta cantidad, y fué luego á descansar á la sombra. De repente se sintió acometido de un calofrío mortal y falta de fuerzas, de manera que hubo necesidad de llevarlo á su cuarto.

—No sobreviviré á este ataque,—dijo,—el vino me ha matado.

Y como los médicos llamados entonces físicos, rodeaban su lecho, agregó:

—No es á vosotros á los que necesito: vosotros no me podeis sanar. Un escribano es lo que me hace falta para que no muera yo intestado, lo cual no es conveniente á un rey.

Llamóse al escribano, y Luis X, en presencia de la reina, de su tío Carlos de Valois y de varios prelados, dictó su testamento. Despues de algunas disposiciones preliminares, dijo en voz mas alta, como si hubiera querido dar á entender que se trataba de una reparacion:

“Por el gran infortunio que ha sido la consecuencia de la condenacion de su padre, y tambien por el amor que profesaba la reina mi respetable madre, á la señora de Marigny, lego á los hijos del difunto señor Enguerrando de Marigny, diez mil libras, de cuya suma tomará el mayor de ellos, que es ahijado mio, cinco mil libras, reservándose el resto á los demas.”

Detúvose unos cuantos instantes, y en seguida acabó de dictar con calma, y cuando acabó, declaró que no queria ya pensar mas que en Dios. Poco despues espiró.

Trascurrieron nueve años: á Luis X sucedió Felipe V su hermano, y á Felipe Carlos IV, hermano tambien de ambos. El conde Carlos de Valois disfrutaba de una salud escelente, á pesar de sus muchos años, cuando lo atacó de repente una enfermedad singular: no podia menear los miembros sin sentir dolores atroces: á ciertas horas del dia y de la noche rugia como una fiera: el espanto se pintaba en su rostro y estendía los brazos como para espantar alguna aparicion importuna. Habiendo ido á visitarlo el rey Carlos IV su sobrino, le rogó que el cuerpo de Enguerrando de Marigny quedara á su disposicion, y lo hizo tras-

ladar y enterrar con gran pompa en la iglesia de Ecouis, en la que Enguerrando habia establecido en otro tiempo un cabildo. El conde de Valois hizo distribuir á la vez bastantes limosnas, y sus servidores recibieron la orden de decir á cada pobre al hacer sus distribuciones: “Rogad á Dios por Monseñor Enguerrando de Marigny y por monseñor Carlos de Valois,” nombrando siempre á Enguerrando antes que al príncipe.

Esta reparacion tardía calmó mediocrementemente sus últimos instantes: los remordimientos le desgarraban el corazon á la vez que los sufrimientos físicos lo agobiaban.

—Ah!—esclamaba en lo mas fuerte de sus padecimientos,—razon le sobraba para decir que su suerte me parecería envidiable en comparacion de las torturas reservadas para mí.... Yo fui implacable con él, y Dios lo es conmigo....

Y continuaba en estos términos hasta que la violencia del mal le arrancó gritos horrosos, que esparcian el espanto en torno suyo. Sus servidores apenas se atrevían á acercársele, y los médicos, que habian agotado toda su ciencia sin obtener el menor alivio, casi lo habian abandonado, de manera que espiró (1324) en el aislamiento mas completo, sin tener á su lado mas que un sacerdote, y entregado á la violenta desesperacion que le causaba el temor del infierno. Cuatro años despues subia al trono su hijo Felipe de Valois, como sucesor de Carlos IV muerto sin descendencia masculina.

## II.

Felipe de Valois hace comenzar la construcción del torreón de Vincennes.—El torreón es acabado por Carlos V.—Carlos VI é Isabel de Baviera en Vincennes.—Amores de Isabel y de Boisbourdon.—Arresto de Boisbourdon.—Dejad pasar la justicia del rey.—Isabel es desterrada de Vincennes.

Como sus predecesores, Felipe de Valois hizo á Vincennes su residencia predilecta; pero el castillo, á pesar de los aumentos que habia recibido desde en tiempo de Luis X, le pareció insuficiente, por lo que lo mandó arrasar para reemplazarlo con un edificio mas amplio que se llamó el Torreón, y cuyos cimientos se echaron en 1337. Las guerras incesantes, la miseria pública, la falta continua de dinero que señalaron los últimos años de este reinado, no permitieron proseguir la obra con grande actividad, de suerte que los cimientos era lo único que estaba acabado cuando Felipe murió (1350).

El reinado de Juan, hijo de Felipe, no fué ménos agitado que el de su padre:

los trabajos, interrumpidos á cada paso, caminaron con lentitud, y el torreón no pasaba del tercer piso, cuando sucedió á Juan su hijo Carlos V. Este vió terminar el fin, y la mansion real comenzaba por su abuelo, y para ir á vivir en aquel otro palacio, abandonó el castillo de la Belleza, el cual fué restaurado y cubierto de plomo en aquella época.

Pocas cosas importantes ocurrieron durante el reinado de Carlos V en la nueva residencia real, y no podemos mencionar mas que la permanencia en ella del emperador Carlos IV y de su hijo Wenceslao, rey de Bohemia, que venidos de Praga á Paris en 1377 para cumplir el voto que habia hecho el emperador de visitar las reliquias de San Mauro, fueron recibidos con gran magnificencia. «Después de sus actos de devoción», dice un cronista, «se le llevó al castillo de la Belleza, donde permaneció algunos días, y en este se alivió algo de la gorta diciendo, que nunca en su vida habia visto sitio mas bello ni delicioso.»

Hasta en 1392 en el reinado de Carlos VI, demente entonces, comenzó la corte á mostrarse brillante y ruidosa en Vincennes. Allí desplega Isabel de Baviera, muger de Carlos, todo su amor al lujo y al placer: ni un día pasa sin torneo, cazas brillantes, festines espléndidos, bailes y juegos de todas clases. «Con toda y las guerras», dice Juvenal de los Sorcinos, «con todo y los trabajos y las tribulaciones, las damas y las señoritas pasaban la vida en diversiones.»

En aquel tiempo el duque de Borgoña, Juan sin Miedo, después de haber intentado robarse al rey, y de haber hecho asesinar al duque de Orleans, favorito de la reina, con el designio de apoderarse del poder, después de haber dividido la Francia en Borgoñones y Armañac, y hecho correr torrentes de sangre, pensaba ese malvado, cubierto de crímenes, acercarse á la reina y ser amado de ella; pero Isabel estaba entonces apasionadamente enamorada de un joven caballero, llamado Luis de Boisbourdon, que habia hecho maravillas en la batalla de Azincour, y cuyas aventuras galantes habian contribuido eficazmente á aumentar su reputacion. Tratábase pues, para el duque deshacerse de ese rival, á quien hizo espiar, y obtuvo los informes mas exactos acerca de las entrevistas á solas de los amantes, ó bien en lo mas profundo de los bosques durante las frecuentes partidas de caza de la reina y de su corte, ó bien después de los bailes en aposentos reservados, ó bien en la cámara misma de Isabel, que confiada en su ascendiente sobre el rey, no tomaba mas que precauciones insignificantes para ocultar sus desórdenes.

Mientras todo esto pasaba en Vincennes, Carlos VI permanecia casi constantemente en Paris, teniendo á su lado á su amigo el condestable de Armañac, el cual no amaba á la reina, y sabiendo aunque sin conocer los pormenores, que su conducta era de las mas culpables, habia invitado al rey varias veces, en sus lucidos intervalos, á que hiciera reconvenciones á Isabel, cuya ligereza comprometia su honor. Pero Carlos VI no podia creer que su muger fuera infiel.

—Me ama demasiado para faltarme,—decia,—seria preciso verlo para creerlo.  
—Pues bien, lo veréis señor, una vez que es necesario.

Pero á poco se volvía á nublar la inteligencia del monarca.

Juan sin Miedo que sabia todo esto, hizo espiar á Luis Boisbourdon de mas cerca, y habiendo averiguado un día que los dos amantes estaban citados en la tarde para el castillo de la Belleza, lo puso en conocimiento del condestable. Al mismo tiempo, para captarse el agradecimiento de Isabel, le mandaba avisar que corria un gran peligro si no renunciaba á la cita, y animaba al caballero de Boisbourdon contra el condestable, haciéndole saber que nunca perdonaba Armañac para perderlo en el ánimo del rey, y que mientras estuviera su enemigo cerca de Carlos VI, la espada de Damocles estaria colgada sobre el amante de la reina.

El pérfido duque habia preparado así un drama cuyo desenlace, cualquiera que fuese, no podia ménos de favorecer sus proyectos, y estaba en espera del resultado. No tardó en saber que Isabel habia recibido con desden la noticia que le habia enviado.

—Qué me quiere ese asesino?—habia dicho la reina:—semejante advertencia venida de su parte no puede significar mas que una cosa: que le importa que permanezca yo encerrada en el castillo.... Habéis perdido vuestro tiempo, querido primo, la caza se verificará.

El condestable á su vez, aprovechándose de un nuevo rayo de luz de la razon del monarca, le representaba la necesidad de un severo escarmiento, para impedir que en lo sucesivo recibiera su honor la menor lesion.

—Sí, decís bien, condestable,—contestó Carlos haciendo un esfuerzo sobrehumano para acabar de disipar las nubes que ofuscaban su juicio:—se necesita un ejemplar y lo haré terrible. Vamos á Vincennes y ay del que me engañe!

Boisbourdon decia por su parte:

—Ese consejero de locos es, voto á brios, demasiado temible!.... Señor de Armañac, cuanto me alegraria de encontraros al pasc, y de ver salir de la vaina esa espada de condestable con que tanto os pavoneais. Entretanto iré, si lo habeis á enojo, á donde me llama mi adorada reina.

Todo pues, estaba perfectamente dispuesto para producir una catástrofe: la ambicion, el amor, la venganza, estaban en lucha abierta, prontos á disputarse el terreno palmo á palmo. Isabel, lejos de suspender la partida de caza, anticipó la hora: Boisbourdon, participando de esa impaciencia, habia dado alas á su caballo. La reina y el caballero llegaron al mismo tiempo al castillo de la Belleza, y en cuanto entraron, un cordon de centinelas oficiosos rodeó aquel asilo del amor, lo cual era inútil, porque por mas que Armañac se habia fatigado en estimular la lentitud habitual del rey, Boisbourdon estaba ya de vuelta en Paris cuando Carlos llegó á Vincennes. En atencion á la gravedad de las circunstancias, los amantes no habian pasado juntos mas que pocos instantes, y se habian separado citándose para en la noche.

—Avisas á la reina que estamos aquí,—dijo el monarca cuando pasó el puente levadizo y se apeó de su litera.

Los que habian salido á recibirlo, bajaron la cabeza en vez de responder: el condestable comprendió de que procedía su cuita.

—Señor,—dijo,—es la hora del paseo: sin duda habrá ido la reina al castillo de la Belleza. Tendreis á bien ir allí?

—Hablais de perlas, primo,—respondió el rey,—la reina no nos espera y vamos á darle una agradable sorpresa.

Pero al hablar así y volver á subir á su litera, se oyó el sonido de los cuernos y trompetas que anunciaban la vuelta de Isabel al Torreón.

—Señor,—dijo Armañac viendo que se le escapaban sus enemigos,—hemos llegado demasiado tarde; pero no olvidéis que lo que se trata de defender es el honor de la corona. Juro sobre mi cabeza que la reina viene del castillo de la Belleza, donde ha estado con el caballero de Boisbourdon. Urgiéndole algo, como hombre á quien todo se ha revelado, la obligaréis á confesar la verdad. Vuestra prudencia y vuestra justicia harán lo demas.

Como si la sinnularidad de la situación hubiera reanimado súbitamente la inteligencia del pobre rey, salió de su litera, se acercó con paso firme á la reina, y cogiéndola de la mano con la mas caballerosa cortesía, la llevó á su cámara, despues de hacer seña al condestable de que lo siguiera.

—Señora,—le dijo entónces,—no estrañéis que esté presente el condestable, porque no solo es el mejor amigo del rey, sino tambien el mejor amigo de la corona.

Isabel respondió con una sonrisa desdeñosa, y el rey agregó:

—No es él quien pensará nunca en comprometer nuestro honor y nuestra dignidad: nunca ha pensado ni pensará nunca en vendernos, y ojalá que en eso lo hubiérais tomado vos por modelo.

Isabel, que se habia sentado con dejadez en un sillón, se paró: la cólera comenzaba á encender su sangre, y el subido color de que se tiñó de pronto su rostro, anunció una próxima esplosion. El rey tambien se animaba al hablar, y continuó en tono mas alto:

—Me habeis hecho sufrir horriblemente, señora: vos sois quien habeis introducido el desórden en mis Estados: vuestras culpables intrigas son las que han costado la vida al duque de Orleans, y las que me habrian privado ya del amor de mi pueblo, si no fuera tan generoso. No bastan todas las calamidades de una guerra desgraciada que habeis provocado y alimentado vos, y es posible que mis provincias invadidas, mi tesoro ecshausto, mi pueblo sacrificado, no os inspiren otros sentimientos que los que manifestais aquí con juegos y funciones que forman tan notable contraste con las penas que nos agobian? . . .

—Señor,—esclamó la reina interrumpiéndolo frenética de cólera,—estoy aquí en un claustro?

—Todavía no, aunque tal vez deberiais estarlo ya. Felipe el Hermoso ha dado un ejemplo que yo hubiera debido imitar al veros seguir los pasos de Margarita de Borgoña. Pero juro que cesará mi debilidad, y por principio de en-

mienda, trataré al follon que habeis ido á ver al castillo de la Belleza, como fueron tratados Felipe y Gualterio d'Aulnay, cuyos huesos pudieran encontrarse despues de cien años debajo del cadalso.

—No obraréis así!—esclamó Isabel furiosa.

—Sí tal, señora!

—No olvidéis que corre por mis venas una sangre que no soporta el ultrage.

—Por el Dios vivo os protesto que lo haré!!

—Señor,—dijo el condestable, que habia sido hasta entónces testigo mudo de aquella escena,—permitid que me retire: no puedo tolerar que se amenace al rey en mi presencia.

—No es á vos á quien toca salir de aquí,—esclamó el rey:—salid, señora, id á meditar alguna nueva traición contra vuestro rey y vuestro esposo, y estad cierta de que el castigo no se ha de esperar.

Isabel no osó resistir y se retiró, derramando lágrimas de rabia. Su primer pensamiento cuando recobró alguna calma, fué dar aviso á Luis Boisbourdon de lo que acababa de ocurrir; pero habiendo sabido que el rey debia regresar á Paris ántes de que acabara el día, se decidió á aguardar la llegada del caballero para combinar de acuerdo los medios de parar el golpe que los amenazaba.

Entretanto Boisbourdon, que habia vuelto á la capital costeando el Maine, se felicitaba de no haber hecho caso de la oficiosa noticia que habia recibido, y en la tarde montó de nuevo á caballo para ir al Torreón, como lo habia prometido á su ardiente querida. Habia andado ya la mitad del camino, cuando vió brillar á los últimos rayos del sol, unas alabardas en medio de una nube de polvo. Era Carlos VI que se volvía á Paris. Ignorando Boisbourdon que el monarca hubiera estado en Vincennes, siguió adelante, y cuando reconoció la comitiva real, estaba ya demasiado cerca para poder volverse atras sin suscitar graves sospechas, resolvió pues, obrar con audacia, y no solo continuó su camino, sino que al pasar por delante del rey, en vez de echar pié á tierra y doblar la rodilla, como era costumbre entónces, se contentó con saludar quitándose la gorra.

—Ya lo veis, señor,—dijo el condestable que iba junto á la litera del rey,—hemos llegado demasiado tarde y regresado demasiado pronto: ahí tenéis al caballero de Boisbourdon que vuelve á Vincennes.

—No llegará allí el traidor!—esclamó Carlos.—Préndasele en el acto y condúzcasele al Chatelet.

El prevoste de Paris, Tanneguy du Chatel, á quien el rey se habia dirigido al dar la órden, partió al punto acompañado de algunos soldados, y no tardó en alcanzar al caballero, que habiendo notado el movimiento de la comitiva, habia hecho andar su caballo al paso, como para denotar que su conciencia no le reconvenia nada, y que nada tenia que temer. Habiéndole el prevoste pedido su espada, la entregó de luego á luego, preguntando de qué se le acusaba.

—No lo sé,—respondió Tanneguy;—pero tengo órden de llevaros al Chatelet,